

## En el Instituto de Francia \*

Señor Presidente de la República, Honorables Miembros del Instituto de Francia, Señoras y Señores.

Bajo esta cúpula, en este templo del conocimiento universal, no puedo menos que recordar el verso de Terencio:

Hombre soy y nada de lo que atañe al hombre me es ajeno.

De algún modo lo que aquí se ha pensado y dicho trasciende a mi propia formación. Me emociona.

Notable en verdad es esta corporación en la que se reúnen, al calor de la biblioteca mazarina, las cinco grandes academias formadas por el genio francés para cultivar la lengua, estudiar la historia, adelantar el conocimiento de las ciencias, estimular las bellas artes, debatir en fin las grandes cuestiones que guardan relación con el devenir del hombre y la sociedad, sin descuidar las disciplinas que nos permiten conocer mejor nuestra morada.

Ejemplar también es la historia de este Instituto, en la cual resalta el hecho de su formación paulatina, impulsada en sus inicios por hombres de Estado como Richelieu, Mazarino y Colbert, mantenida y consolidada a través de tres siglos por la constante dedicación de la nación francesa al ejercicio de la inteligencia.

Ennoblecido por la prueba del tiempo, el Instituto acumula la sabiduría de las generaciones que desde su origen lo han renovado.

Por ello pequeño me siento en este sitio y ante esta asamblea. Soy consciente de que no estoy aquí por mérito, sino por representación.

Tal vez nada de lo que sé o diga interese a su comprensión. De lo que estoy cierto es que da motivo a su benevolencia.

La pido para lo que brevemente voy a decir sobre algo que he podido seguir como una estructura en la ideología occidental: como se sucede la voluntad en la obra de Rousseau, Kant y Hegel.

Hábito deviene en indiferencia. De vez en cuando es recomendable revisar lugares comunes, frases hechas, valores consagrados.

Y así, es fascinante encontrar estructuras en el pensamiento humano. Como flujos de lava se originan en profundidades abismales, explotan en su tiempo: fluyen chisporroteantes; nacen cauces y canales deslumbrantes que a veces se estrechan y saltan; a veces se ensanchan, estallan, queman... y se cubren de rescoldo, manteniendo mucho tiempo su calor.

Como corriente de lava fue Juan Jacobo Rousseau. Reiteración obvia y mención escolar, academia obligada; lección aprendida, lo han cubierto de rescoldo. Es útil recordar frente a complejidades pedantes o simplismos puriles, todo el vigor de su genio y seguir las estructuras que en él se originan.

Brota, por explosión, de las tremendas profundidades de la cuestión fundamental que se plantea, por la razón, el amor y la dialéctica, la conciencia occidental, desde los estoicos y los evangelios; desde la ciudad de Dios de San Agustín a la sociedad sin clases de Carlos Marx: La igualdad entre los Hombres.

Es apasionante descubrir cómo, a partir de esa cuestión, Rousseau se convierte para Kant, en el Newton de la moral, la voluntad general de Juan Jacobo, se convertirá en la buena voluntad de Emanuel y, después, en la voluntad substancial de Hegel y de ahí en arborescencia inacabada, cultivada unas veces, implícita otras, inconsciente o ignorada, penetrará en las doctrinas políticas y filosóficas contemporáneas. Me atrevo, en esta intervención, a explicar mi afirmación con unas cuantas pinceladas, que sólo espero no les parezcan grotescas. Mi condición, no me da otra oportunidad.

Recordemos, porque con frecuencia se olvida, lo que decía Kant: “necesito leer y releer a Rousseau, hasta que no me cautive ya la belleza de la expresión, y pueda analizarlo todo con la razón solamente”, “la primera impresión que saca de las obras de J.J. Rousseau, un lector que no acuda a ellas solamente por distracción y

---

\*Discurso pronunciado por el C. José López Portillo, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, en el Instituto de Francia, el 17 de mayo de 1980, París, Francia.

pasatiempo, es la de que se dan en él, una extraordinaria agudeza de espíritu, del noble brío del genio y un alma sensible en un grado tan alto, como quizá no se hayan dado juntos en ningún otro escritor de ninguna época, ni de ningún pueblo”.

“Newton (sigue diciendo-Kant)s vio por primera vez el orden y la regularidad combinados con la mayor sencillez, ahí donde, antes de venir él, sólo se encontraba uno con el desorden y la desorbitada variedad, y desde entonces discurren los cometas siguiendo un curso geométrico”.

“Rousseau descubrió por primera vez, entre la variedad de las formas humanas admitidas, la naturaleza profundamente escondida del hombre y la ley oculta por virtud de la cual, queda justificada la providencia, a tono con sus observaciones”.

Hasta aquí Kant. Nadie, como el ordenado maestro de Königsberg ha hecho elogio tan cabal del despeinado Juan Jacobo.

Es importante preguntarse qué hay en el fondo de este elogio producido por el crítico de la razón, por ese Kant del que se olvida era pietista, que tiene que sacrificar la razón, para salvar la fe y cerrar el ciclo de la duda en la fe, que, por la razón, salva Descartes, al abrir la época del pensamiento moderno.

Y lo que encuentra Kant en Rousseau, es el gran concepto redentor, el de la voluntad humana como único camino de lo absoluto.

Ni fe medieval ni razón moderna. La voluntad. Nada más, nada menos.

Se rompe así el doble ciclo que a modo de ocho amarra el camino medieval de la fe en la verdad revelada; el de la duda como método de Descartes, que pasando por Locke y por Berkeley, se deshace otra vez en la duda de Hume, que despierta a Kant de su “letargo dogmático”. La razón reducida a la validez de las matemáticas, “relaciones de ideas”, sin contenido. Unica seguridad del entendimiento. Esqueleto vacío y horrible.

Y Kant, ante la tremenda duda del ser en sí, descubre lo omnímodo en la voluntad general de Rousseau y alegremente reconoce en ésta, el imperativo categórico y lo absoluto del deber ser y puede decir: “El cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral dentro de mi corazón”, en el ámbito de la praxis, regida por la voluntad, la buena y la mala. Lo absoluto en el mundo moral.

Y en efecto, el imperativo categórico es paráfrasis sublimada de la voluntad general. El “obra siempre de modo que la máxima de tu acción se convierta por tu voluntad en ley de universal observancia”, es, sin duda, el trascender de esa modalidad roussoniana del “amor de sí” que en su altruismo, ama en sí, lo que tiene de común con todos los hombres; es el amor a la esencia humana, a todos los hombres, camino por el que se llega a la voluntad general, como modalidad cualitativa del querer; no como suma de voluntades; nada tiene que ver con la cantidad. Es una forma de querer el bien de los semejantes junto con el bien de sí. Es la voluntad que lleva a querer la vida social y el contrato que la supone. Por ello, sólo puede querer el bien común y nunca se equivoca: “. . . La voluntad general (cito a Rousseau), puede únicamente dirigir las fuerzas del estado, de acuerdo con los fines de su institución, que es el bien común; pues si la oposición de los intereses particulares ha hecho necesario el establecimiento de sociedades, la conformidad de esos mismos intereses, es lo que ha hecho posible su existencia. Lo que hay de común en esos intereses, es lo que instituye el vínculo social, porque si no hubiera un punto en el que todos concordaren, ninguna sociedad podría existir“. . .”El acuerdo de todos los intereses, se realiza por oposición al interés de cada uno”.

“Si no hubiera intereses diferentes, apenas si se comprendería el interés común, que no encontraría jamás obstáculos y la política dejaría de ser un arte”.

“Los compromisos que nos ligan con el cuerpo social, no son obligatorios, sino porque son mutuos y su naturaleza es tal que al cumplirlos, no se puede trabajar por los demás, sin trabajar por nosotros mismos. Porque la voluntad general es siempre recta y porque todos desean constantemente el bien de cada uno, si no es porque no hay nadie que no piense en sí mismo al votar por el bien común. . .”

“. . . Lo que generaliza la voluntad general no es tanto el número de votos, cuanto el interés común que los une, pues en estas instituciones, cada uno se somete necesariamente a las condiciones que impone a los demás”.

“Siendo todos los ciudadanos iguales por el contrato social, todos pueden prescribir lo que es deber de todos; pero ninguno tiene derecho de exigir a otro que haga lo que él no hace”.

Si para Juan Jacobo lo importante era explicar Poder y Estado, como producto del acto jurídico originado en la voluntad para justificarlos como una creación de la ética y del bien común, para Kant la voluntad se convertirá, por su propia libertad, en el camino seguro, el único, hacia lo absoluto y por ello la voluntad general de Juan Jacobo trascenderá a la buena voluntad de Emanuel. Y para justificarlo, lo cito: “en lo que a mi libertad se refiere, no tengo ninguna obligación con las leyes divinas cognoscibles por mi razón pura, sino en cuanto que haya podido yo darles mi consentimiento; pues si concibo la voluntad divina, es sólo por medio de la ley de libertad de mi propia razón” (paz perpetua), y en la crítica de la razón práctica, concluye: “así pues, si han de existir un principio práctico supremo y un imperativo categórico con respecto a la voluntad humana, tendrá que surgir de la idea de lo que necesariamente sea un fin para todos, por tratarse de un fin en sí mismo, de un principio objetivo de la voluntad, apto, por consiguiente, para servir como ley práctica general”.

El fundamento de este principio es: la naturaleza racional existe como fin en sí. . . El imperativo práctico será, por tanto, el siguiente: “Obrar de tal modo, que emplees la humanidad que reside, tanto en tu persona, como en la persona de otros, siempre como fin y nunca como medio”.

Así Rousseau y Kant, caracteres opuestos, se identifican en estas estructuras que habrán de dejar en el mundo de la voluntad la explicación y la justificación de la libertad. Se liberan de la causalidad, para someterse a la moralidad.

Con ello el pensamiento occidental abre otra oportunidad a la reflexión cartesiana, para transitar otra vez por la fe en el camino de la voluntad.

El pensamiento moderno se convierte en contemporáneo cuando la dialéctica hegeliana toma el principio de la voluntad para integrarlo en el mundo de la penetración de los opuestos y llegar, por sus vericuetos, otra vez al espíritu absoluto.

En efecto, en la triada dialéctica que va de la familia, por negación, a la sociedad, se arriba por síntesis al Estado, como construcción de una voluntad substancial, que es la que fue buena en Kant y general en Juan Jacobo.

Y así (filosofía del derecho), Hegel nos dice: “En la sociedad civil, cada cual es fin de sí mismo; todo lo demás es nada para él. Pero nadie puede cumplir los fines en toda su extensión, sin relacionarse con los demás; éstos, los demás, son, por tanto, medios para el fin de lo particular. Pero el fin particular reviste, mediante las relaciones con los demás, la forma de lo general y se satisface al satisfacer, al mismo tiempo, el bien de los demás. Lo particular, limitado por lo general, es la única medida en la que todo lo particular fomenta su propio bien”.

De donde se entenderá la síntesis que significa el Estado “como la realidad de la voluntad substancial, que lleva, en la autoconciencia particular, la elevación a generalidad, constituyendo lo racional en sí y para sí”.

“Esta unidad substancial es el fin último, absoluto e incommovible en que la libertad se hace valer en forma máxima, del mismo modo que este fin último implica el supremo derecho con respecto a los individuos cuyo supremo deber consiste en ser miembros del Estado. En la libertad hay que partir, no de la individualidad, de la autoconciencia individual, sino solamente de la esencia de la autoconciencia, pues sépalo el hombre o no, esta esencia se realiza como forma independiente, en la que los individuos concretos, no son más que otros tantos momentos.

Su fundamento, es el poder de la razón que se realiza como voluntad” .

En este flujo de estructuras, la voluntad, redentora de la razón, rescatadora de la fe, ante la duda como método, va a encontrar lo definitivo, lo total en el Estado cuya historia es “La marcha de Dios sobre la tierra”.

Y se cuenta que Hegel alguna vez se lo encontró en la plaza pública, pues al ver a Napoleón, comentó con sus discípulos: “He visto al espíritu absoluto a caballo”

La voluntad general, la buena y la substancial, se adueñó de las plazas, salió de las universidades montada a caballo: con el equilibrista de Nietzche gritará Zarathustra; Schopenhauer la asociará con la representación; por los atajos de la sociedad civil querrá llegar a la sociedad sin clases: Feuerbach, Marx, Engels, Lenin, Stalin, Rusia Soviética. Prusianizada llegó hasta Hitler -Mussolini- nazifascismo totalizador del Estado.

Pero la voluntad general, en su pureza, también siguió caminos republicanos con la revolución francesa. Incendió el nuevo continente y se convertirá en la democracia en América, tan genialmente entendida por Tocqueville. En olas de confusión está ahora llegando al Africa descolonizada.

Al seguir las señas de las estructuras, tenemos el derecho, tal vez la obligación de rescatar lo esencial. Entender con Rousseau el núcleo fundamental de la democracia, como milagro de la voluntad humana que sólo se entiende si es libre para comprometerse con la necesidad, único modo de convertir la servidumbre del esclavo en el servicio del hombre digno.

Porque en definitiva, la democracia como la justicia es una modalidad constante de la voluntad. Podemos, por la fe, creer en ella y por la razón entenderla; pero sólo por la voluntad podemos quererla y hacerla el primer día, todos los días, hasta el último día.